

ME LLAMO JOHN

Me llamo John, o al menos ese es el nombre que me pusieron los hombres que me encontraron y trajeron a Estados Unidos hace años. Han pasado ya 12 años desde entonces, pero para mí parece haber pasado una vida. A penas tenía unos meses cuando estalló la guerra en Irak, aquí los hombres se empeñan en decir que mis padres eran los malos, que se hizo lo que se debía de hacer, y yo solo callo.

Los niños de aquí hablan muchas lenguas, salvo los que como yo se criaron desde pequeños y solo conocen el inglés. Sin embargo pese a ser la lengua más hablada, no hay ningún niño americano entre nosotros, es curioso que la lengua con la que nos han educado y por la que nos comunicamos no pertenezca a ninguno de nuestros lugares de origen. La hora de los juegos a veces puede ser un juego mortal, según crecen los niños algunos se vuelven fuertes y marcan su territorio. La semana pasada el niño africano recibió una dura paliza por parte de unos alemanes, los encargados del centro tan solo les reprendieron y les castigaron varios días sin jugar en el patio con el resto, pero todos sabemos que tarde o temprano volverán y se repetirá el conflicto.

Una vez hubo un niño que consiguió salir al exterior, se llamaba Jack, a los meses de su fuga regresó al centro magullado y sucio junto a dos agentes de policía. Los primeros días contaba sus andanzas por el exterior y lo dura que había sido la vida para él, fue para muchos una sombra en las calles, la gente ni le miraba cuando pedía dinero y tan solo parecía volverse visible cuando se colaba en alguna tienda intentando robar comida. Con el tiempo aquellas historias fueron cesando, y de aquel niño tan solo quedo un cuerpo que día tras día se sentaba en el patio solo y callado, mientras que sus ojos se perdían en el infinito llenos de tristeza.

Respecto a la comida, quizás sea lo mejor del centro, por fortuna para mí me gusta comer de todo así que cuando algunos niños dejan de lado sus verduras yo cojo su comida de las bandejas disimuladamente y me doy un festín. La vez que me pillaron comiendo de otras bandejas los otros niños empezaron a burlarse de mí y me pusieron algunos el mote de glotón, pero poco me importa mientras mi barriga este llena y yo bien alimentado.

Son varias las familias que han venido a verme, pero ninguna me quiere, se niegan a adoptarme por mi origen, yo por ser árabe me uno a las decenas de niños negros, indios y otras etnias que día tras día somos discriminados por no ser de una misma raza. Se nos acoge en un país como si fuésemos uno más, pero sin embargo nadie nos quiere como miembros de sus familias.

El centro de acogida es quizás como mi hogar, ya que del otro no recuerdo nada, y es aquí donde se empeñan que me sienta como en casa. Sin embargo no se dan cuenta que esta no es mi casa, en ningún momento se me dio la opción de elegir si quedarme con mis padres en mi país o venir aquí. No sé lo que es la libertad, por ahora sólo un sueño, una idea con la que fantaseo a menudo diciendo que cuando pueda irme iré con mis padres, una familia que se han empeñado en decirme que ya no existe, pero mi corazón se niega a reconocerlo.

Sin embargo un día conseguí colarme en el despacho del director del centro por la noche, aun lo recuerdo bien porque aquella travesura me costó algunas magulladuras y varios días sin poder salir al patio. Entre los archivos encontré mi ficha y pude leer el informe sobre mi familia, al parecer mi padre identificado como Abdel Hâfez fue encontrado muerto junto a mi madre ambos con un disparo en la cabeza, en los papeles dice algo de que ambos fueron abatidos en un tiroteo entre distintas fuerzas armadas y que junto a ellos fui encontrado yo llorando.

Según pasan los años y llego a la edad de los 15 mi cabeza no para de pensar en aquel informe y en lo sospechoso que es que en un tiroteo mi padre recibiese un disparo en la cabeza. En todo este tiempo la comida se ha vuelto insípida, el tiempo de juegos irrelevante y las paredes cada vez parecen más grandes. Por ello decido escaparme de aquel sitio, lo hago un día mientras ayudo en la cocina, cuando todos se despistan corro y salgo por la puerta que da al callejón donde las basuras y me pierdo en la noche.

Pienso que quizás esta libertad con la que tanto he soñado, me ayude a borrar el dolor de estar lejos de casa y el dolor de la verdad sobre mis padres, pero me equivoco. Según pasan los días siento todo lo malo que Jack relataba en sus primeros días. Pero una noche parece que todo mejora cuando un hombre me ofrece ir a su casa, por un momento dudo, pero el frío y el hambre hacen que acceda sin pensarlo demasiado. Al llegar me dice que me pegue una ducha y me indica donde está el baño, dice que me quite la ropa delante suya y que así podrá lavarla. Y es allí precisamente cuando al retirarme la camiseta me doy cuenta de aquella mirada, perversa y deseosa de que siga quitándome la ropa, y por ello paro. El hombre se enfada conmigo por no querer hacerlo y tras negarme recibo una paliza en la cual casi pierdo la vida, pero consigo zafarme y escapar de aquella casa.

Son semanas de mucho hambre y de nuevo me encuentro en el metro esperando un nuevo vagón para pedir dinero. Por un momento pienso en intentar volver al centro donde no me faltará la comida, pero de nuevo vuelven a golpear en mi memoria los recuerdos de mi familia muerta y del montón de gente que me rechazó por ser de otro país. Entonces me doy cuenta que la gente se equivoca sobre la guerra, no es solo un combate donde unos soldados disparan a otros, ni tampoco es solo una batalla de vencedores y vendidos. La guerra también es la causa por la que hoy estoy aquí, una forma de destrozamiento de familias ajenas a que las personas que reciben una bala no sólo mueren por su país si no que dejan tras de sí a sus familias. Por ello pienso en que cuando sea mayor detendré las guerras, la paz será mi meta en la vida y nunca nadie más volverá a enfrentarse destrozando familias como la mía.

No me quedan fuerzas, el sonido del próximo tren me despierta de mi sueño, ojalá algún día sea así pienso. La luz del metro asoma por la boca del túnel y yo cierro los ojos, pienso en mis padres y en que por fin estaré con ellos. Quizás mañana nadie sepa quién soy, tan solo un niño de otro país en las vías del metro, pero yo se lo diré, o al menos quien debería haber sido, me llamo Abdel Salâm o al menos ese debería haber sido mi nombre.